Sé que la noble dignidad no insultas
Del desdichado que amarguras gime,
Y haciendo el bien con sencillez sublime
La mano ocultas.

Más que al cerebro que apuró el tesoro
De nobles ciencias con ardor augusto,
Al corazón caritativo y justo
Ferviente adoro.

¿Qué es para el tuyo de virtud abrigo
La ínfima ofrenda de mi rudo canto?
Mas en el nombre del dolor que es santo,
¡Yo te bendigo!

Pbro. José Ignacio Lazcano.

PARA EL ALBUM

DEDICADO AL ILMO SR. DR.

Don Atenógenes Silva,

DIGNISIMO OBISPO DE COLIMA.

JALISCO, la importante entidad que más hombres ilustres ha producido, si su número y calidad se compara con el de las otras porciones confederadas de la República, no perderá ni un ápice de su legendaria grandeza, ni de su alto renombre, ni de esa hegemonía intelectual y nobilísima que ha ejercido desde hace luengos años en la parte occidental del país, mientras tenga la fortuna de contar entre sus hijos á hombres de la talla del Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo de Colima, Dr. D. Atenógenes Silva. Y este concepto, que no es exclusivamente nuestro porque se halla arraigado en la conciencia de la sociedad é identificado, por decirlo así, con los timbres de gloria de que en el orden moral y religioso podemos enorgullecernos, no solamente halaga nuestra más noble y legítima vanidad, sí que también da la medida de nuestra cultura y se impone como un hecho, como una de esas verdades inconcusas ante las cuales toda negación es un absurdo y toda duda un atentado á la razón y al buen sentido.

*

Porque la meritísima personalidad del Sr. Obispo Silva es tan indiscutible como tal, resplandece con fulgores tan propios, —sus virtudes privadas y públicas— de tal suerte ha sabido ganarse simpatías aquí y en Colima y en todas las partes donde ha permanecido aunque sea transitoriamente, que no habrá una persona que le haya conocido y tratado —estamos seguros de ello— que no haya sentídose subyugada por el efluvio de su sana prudencia, deslumbrada por la luz de su vasta ilustración y prendada de todo el conjunto de cristianas cualidades que han hecho del ciudadano y del Pastor de almas, un varón conspícuo y un modelo perfecto de Prelados.

*

No podía el grupo de honorables caballeros —sacerdotes, abogados, profesores en general y particulares— que tuvieron la dicha de contarse entre los discípulos de Monseñor Silva; (dicha de la cual no tuve la honra de participar), no podía dejar de tomar parte, y muy señalada, en el entusiasta festival de las Bodas de Plata de su querido é inolvidable Maestro; y ved aquí el motivo de que vengan mis pobres líneas á este Album, en el que se perderán cual toscas cuentas de vidrio entre esmeraldas y diamantes. Pero se me ha invitado para concurrir á este certamen intelectual, y no podía dejar de venir á él, so pena de cometer grave falta, dados el afecto y cariño y la profunda simpatía que abrigo hacia el Ilustre Prelado.

*

Bien que por la amenidad de su imaginación, y por las relevantes dotes que le caracterizan como gran filósofo y eminente orador sagrado, merezca el puesto distinguido que guarda entre los literatos y poetas, por más que las Bellas Artes puedan reputarle por suyo y otras más altas disciplinas se ufanen de los prolijos y sesudos trabajos con que las ha ilustrado y que le han franqueado la entrada á sabias corporaciones, por el corazón pertenece Monseñor Silva todo entero á la Iglesia, y élla lo vindica para sí como hijo adictísimo y diestro campeón de su causa inmortal.

No es mi pobre pluma la predestinada á hacer el merecido elogio de Monseñor como sacerdote y como hombre de sociedad; empero no puedo resistir á la fuerza de la verdad, y digo, como un esbozo del elogio que pensadores más caracterizados harán, que los múltiples méritos que enaltecen á ese Varón egregio, haciéndolo acreedor al reconocimiento y á la admiración de la posteridad, se hallan singularmente realzados por el espíritu francamente religioso y netamente católico de que está imbuido, y que éste, combinado con el más puro patriotismo, es el alma de todos sus designios y el estímulo de todas sus empresas.

Nunca desviado del sendero de la verdad, siempre firme en sus convicciones, buscóla desde sus mocedades como se la debe buscar, con ahinco, con ánimo sincero y desapasionado, sin dar oído á las preocupaciones del entendimiento ni á las sugestiones del orgullo, y cuando élla, desechadas las nieblas que la obscurecían, se ofreció á sus miradas, la adoró rendido y se consagró á servirla con tanta perseverancia y solicitud, que por largos años hemos podido verle como uno de los defensores más celosos de la Iglesia, como uno de los centinelas más avanzados de la Casa de Dios. Y no es el suyo aquel celo espurio y aparente que sirve de disfraz á la ambición ó á la vanidad, que es atizado por pasiones bastardas ó agriado por torcidos móviles, que compromete la causa de la verdad arrojándose á empeños temerarios, ó la abandona con cobardía cuando recela algún peligro en su defensa. Está, por el contrario, adornado de todas las calidades requeridas para que la virtud lo sea de veras y no degenere en un vicio; es activo, discreto, constante; puede decirse que nace de la caridad, gobiérnalo la prudencia y la firmeza lo sostiene.

Ajeno á toda pretensión incompatible con su condición de sacerdote, sin afectar la superioridad que tienen sobre los demás los hombres de talento, es sin embargo, el primero en volver por los fueros de la verdad católica cuando èsta se ve atacada. Jamás ha conocido el falso respeto humano y en ningún caso se afrentó de la doctrina de Cristo; antes bien, la ha siempre confesado sin ofuscamiento ni vacilaciones.

*

Y así, trabajando en pro de la Religión, Monseñor Silva, trabaja también en favor de la Patria.

Porque la pujanza de un pueblo no estriba tan solo en la riqueza acumulada, en la industria, en el comercio; élla arranca de más hondo: procede del vivo sentimiento de unidad y cohesión que anima al cuerpo social, juntamente que del aliento vivificador de las creencias católicas, elementos que atesorados por la historia, èmbellecidos por la leyenda y cantados por la poesía, forman el alma de aquel pueblo.

Un pueblo en que reine la discordia, y en que la Religión verdadera no domine como soberana de las conciencias, el día en que la inmigración cosmopolita se derrame sobre él, no siendo bastante fuerte para asimilársela, será absorbido por élla, trocaráse en mezcla de razas diversas, perderá sus costumbres, su idioma y hasta su Religión, y se convertirá en amalgama informe y monstruosa.

He aquí la obra meritísima del Ilmo. Señor Obispo de Colima: difundir la Religión y conservar incólume el amor á la Patria, tan íntimamente ligado á la primera. Labor es ésta á un mismo tiempo religiosa y práctica, católica y mexicana en grado eminente.

*

Voy á concluir. Al trazar las anteriores mal pergeñadas líneas, en obedecimiento á la amistad y cariño que guardo en el fondo de mi corazón para el apreciabilísimo Señor Obispo de Colima, con entusiasmo me asocio á los honores tan justamente tributados á quien es excelente Pastor é integérrimo ciudadano, meritísimo servidor de la Patria y seguidor constante del Evangelio, de lo cual ha dado público testimonio con las labores de su docta pluma, con la integridad de sus costumbres y con lo acendrado de su piedad.

Plegue al cielo que las eximias virtudes cristianas y cívicas de Monseñor Silva, sean imitadas de muchos; que así como su nombre será inolvidable mientras haya mexicanos católicos, sean también perdurablemente fecundos sus ejemplos, y que nuestros pósteros hallen una lección y un incentivo de loables acciones en este humilde monumento literario —el presente ALBUM— ofrenda expontánea del aprecio y de la gratitud, modesto como el personaje á quien se dedica; pero de significación altamente trascendental, como las obras del eximio Prelado.

Francisco Saracho.

AL ILMO. SR. DR. D.

Atenógenes Silva,

OBISPO DE COLIMA,

EN EL XXV ANIVERSARIO

DE HABER CELEBRADO SU PRIMERA MISA.

PERMOSO aniversario! El sintetiza los triunfos que has sabido conquistar con las armas invencibles de tu talento y tus virtudes preclaras. El llena las aspiraciones de tus hijos intelectuales, los que de tí recibimos la amorosa enseñanza que nos abrió la senda de una nueva vida. Al regocijarme con ese recuerdo, te mando la expresión de mi profunda gratitud, acrecentada por el fuego de mi filial amor. ¡Dios te haga siempre feliz, maestro querido!

Lic. Alberto Gómez Cruz.